

¿UN CRISTIANO PERFECTO?

CAPÍTULO SIETE

Un Dato Asombroso: Los abejorros fueron llamados originalmente «abejas humildes» porque generalmente son de buen carácter y rara vez pican. Los niños pequeños de los primeros colonos tenían dificultades para decir «abejas humildes» y a menudo las llamaban «abejorros» en su lugar. Debido a los movimientos torpes de las abejas adultas, el nuevo nombre se mantuvo.

Los abejorros se encuentran entre los pocos insectos que pueden controlar su temperatura corporal. En clima frío, las reinas y las obreras pueden hacer temblar sus músculos de vuelo para calentarse. Su gran tamaño y sus pelajes aislantes del calor también les ayudan a mantenerse calientes, permitiéndoles trabajar en climas más fríos y temperaturas más bajas que la mayoría de los otros insectos prefieren evitar.

Los ingenieros de aviación también han estudiado a los abejorros y han determinado que, con sus alas pequeñas y sus cuerpos peludos y gordos, es aerodinámicamente imposible que vuelen. Pero los abejorros ignoran estos informes y continúan volando.

Mientras escribo, me he estado hospedando en un hotel por unos días. Anoche me revolví y di vueltas tratando sin éxito de conciliar un buen sueño en la cama del hotel. En el proceso de forcejear, logré enredar las sábanas, exponiendo el nombre del producto del colchón: «Colchón Perfecto». Qué curioso. No puedo decir que haya tenido un sueño perfecto.

En un mundo tan perfectamente imperfecto, la mayoría ha llegado a aceptar que perfecto no siempre significa sin defectos. Sin embargo, Jesús dijo: «Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto» (Mateo 5:48).

¿Qué quiere decir Jesús cuando nos pide que seamos perfectos? Después de todo, todos repiten «nadie es perfecto», ¡y mucho menos perfectos como nuestro Padre en los cielos! Este pasaje en Mateo ha sido una fuente constante tanto de irritación como de inspiración para varios grupos cristianos y un catalizador para mucho debate.

La frase «cristiano perfecto» a menudo evoca imágenes de seres humanos que han alcanzado el estatus de robots santificados, estériles, de acero inoxidable, con un cable directo al cielo desde el cual reciben sus señales divinas.

A primera vista, podríamos suponer que Jesús nos ha pedido que seamos androides santos y angelicales inhumanos, pero una mirada más cercana proporciona una imagen mucho más clara. En el Nuevo Testamento, la palabra «perfecto» aparece 42 veces y generalmente se traduce del griego *teleios* (tel'-i-os). Strong la define como «completo en labor, crecimiento, carácter mental y moral, etc., de edad madura». Aquí hay algunos otros ejemplos donde se usa «teleios»:

- «Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfeccionados en uno» (Juan 17:23).
- «Así que, todos los que somos perfectos, esto mismo sentimos» (Filipenses 3:15).
- «Si alguno no ofende en palabra, éste es varón perfecto» (Santiago 3:2).

La palabra «perfecto» se encuentra en el Antiguo Testamento aproximadamente 57 veces, y generalmente se traduce de la palabra hebrea «tamiym» (taw-meem'), que Strong define como «entero, integridad, verdad, sin mancha, completo, pleno, perfecto, sincero, sano, sin mácula, incontaminado, recto, total».

- «Noé fue varón justo, perfecto en sus generaciones» (Génesis 6:9).
- «Yo soy el Dios Todopoderoso; anda delante de mí y sé perfecto» (Génesis 17:1).
- «Perfecto serás con Jehová tu Dios» (Deuteronomio 18:13).

EL TEMA TABÚ

El tema de la perfección cristiana es un asunto teológico tan volátil entre los cristianos que la mayoría de los predicadores se niegan a aventurarse cerca de él. Si un ministro es lo suficientemente audaz como para admitir que cree que Dios quiere que dejemos de pecar, se convierte en un blanco instantáneo para la pregunta: «¿Has dejado de pecar?»

Bien, allá voy: creo que Dios quiere que dejemos de pecar.

«Pastor Doug, ¿ha dejado usted de pecar?»

No. Pero también estoy en buena compañía. Pablo también confesó que aún no había llegado. «No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro alcanzar aquello para lo cual fui también alcanzado por Cristo Jesús. Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús» (Filipenses 3:12–14).

Además, no debemos interpretar la verdad basándonos en mi experiencia personal, ni en la de nadie más. La idea de que somos salvos *con* nuestros pecados y no finalmente *de* nuestros pecados ha surgido de una tendencia popular a interpretar la Biblia basándose en un consenso mayoritario.

He escuchado a cientos de personas decir que creen que la mayoría de los políticos mienten regularmente, casi como si fuera parte de su descripción de trabajo. Muy a menudo, cuando llega el momento de votar, elegimos al mentiroso más agradable.

De la misma manera, debido a que hay tantos cristianos falsos, la mayoría de las personas han llegado a creer que el concepto de un cristiano perfecto es tan remoto como encontrar un político honesto. Sin embargo, el Señor ha dejado claro que, aunque la obediencia constante es rara, es posible.

«Y Jehová dijo a Satanás: ¿No has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal?» (Job 2:3).

«Porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan» (Mateo 7:14).

Dado que hay tanto fracaso e imperfección en el mundo y en la iglesia, muchos han concluido que Dios está contento de que los santos usen aureolas torcidas hasta que Jesús venga. Pero creo que, aunque no estamos llamados a ser robots, se nos manda a estar perfectamente rendidos.

Me gusta cómo lo dice el Dr. A.J. Gordon: «Tememos gravemente que muchos cristianos convierten la palabra del Apóstol: “Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos”, en la justificación inconsciente de un bajo nivel de vida cristiana. Casi sería mejor que uno exagerara las posibilidades de santificación en su afán por alcanzar la santidad, a que las subestimara en su complaciente satisfacción con una falta de santidad tradicional... Si consideramos la doctrina de la perfección sin pecado como una herejía, consideramos la satisfacción con la imperfección pecaminosa como una herejía mayor».

¿DIOS QUIERE LA PERFECCIÓN?

¡Por supuesto que sí! ¿Cómo puede un Dios perfecto y santo estar contento con un estándar imperfecto? ¿O cómo puede un Creador perfecto, que originalmente hizo una creación perfecta, estar satisfecho con una imperfecta? Aquí viene la siguiente pregunta: ¿Dios tolera alguna vez la imperfección? Una vez más, ¡por supuesto que sí! De lo contrario, nos destruiría a ti y a mí en el acto. De hecho, el mundo entero sería destruido instantáneamente si Dios no tolerara la imperfección al menos temporalmente. Aunque está perfectamente claro que Jesús no vino a condenar a los pecadores, tampoco vino a aprobar el pecado.

¿Recuerdas la historia en el Evangelio de Juan sobre la mujer sorprendida en el acto de adulterio? Según la ley, debía ser apedreada. Muchos creen que era María Magdalena, y este fue su primer encuentro con Jesús.

Mientras María temblaba de pie ante Jesús esperando su sentencia, Jesús escribía en el polvo. Uno por uno, sus acusadores se fueron.

Cuando Jesús se levantó y no vio a nadie más que a la mujer, le dijo: «Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te condenó?» (Juan 8:10).

Creo que ella leyó amor y compasión en el rostro de Jesús. Ella creyó en Su gracia y la recibió cuando Él dijo: «Ni yo te condeno». Pero para que no malinterpretemos la naturaleza mortal del pecado, Él añadió claramente: «vete, y no peques más» (versículo 11).

¿Nos pide Jesús que seamos sin pecado? Absolutamente. Jesús nunca puede pedir menos. El pecado era la enfermedad que destruía a María. ¿Qué le hubieras dicho tú a Jesús? «Ve y peca un poco menos» o «Ve y reduce tu vida de pecado»? Jesús no vino a salvarnos *con* nuestro pecado, sino *de* nuestro pecado (Mateo 1:21) — eso significa de la pena, el poder y, finalmente, la presencia del pecado.

EL VERDADERO ARREPENTIMIENTO

Algunos dicen que cuando Jesús le dijo a María: «Ni yo te condeno; vete, y no peques más», esto demostraba que la ley había sido dejada de lado. De hecho, ¡es todo lo contrario! «El pecado es transgresión de la ley» (1 Juan 3:4). Jesús le estaba diciendo a María: «Tomaré tu castigo porque te amo. El pecado te lastima a ti y el pecado me lastima a mí. Seré un sacrificio en tu lugar; ve y no peques más (no quebrantes la ley)».

Pero en las Escrituras, el verdadero arrepentimiento exige consistentemente dolor por el pecado y apartarse de él como condición para la misericordia. «El que encubre sus pecados no prosperará; mas el que los confiesa y se aparta alcanzará misericordia» (Proverbios 28:13). «Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad» (1 Juan 1:9).

Sara era una maravillosa mujer cristiana que tenía una relación rara y profunda con el Señor. Pero su hermano Jorge era la oveja negra proverbial de la familia, y su vida egoísta era la antítesis de la conducta generosa de su hermana. Jorge tenía un grave problema con el alcohol. Después de años de abuso, su cuerpo comenzó a rebelarse por la bebida constante, y sus riñones estaban fallando rápidamente. Los médicos le dijeron a Sara que Jorge ciertamente moriría pronto sin un trasplante de riñón, pero era dudoso que siquiera calificara para ser puesto en la lista de espera para un riñón

debido a su historial constante de bebida. Sara preguntó a los médicos si ella podía darle uno de sus riñones a su hermano enfermo. Los médicos respondieron: «Si sus tipos de sangre coinciden, sí. Pero esta es una operación costosa, y cuestionamos la sabiduría de poner su salud en riesgo por una persona con hábitos tan autodestructivos».

Resultó que sus tipos de sangre sí coincidían, pero Jorge no tenía seguro, así que Sara rápidamente hipotecó su casa y prometió que pagaría el resto. Con algo de insistencia persistente, finalmente persuadió al hospital para que realizara la cirugía.

El procedimiento de trasplante fue bien, para Jorge al menos, pero hubo algunas complicaciones trágicas para Sara.

Tuvo una reacción alérgica severa a la anestesia y se encontró paralizada después de la cirugía de la cintura para abajo. Sara pudo soportar valientemente la trágica noticia cuando le dijeron que Jorge estaba notablemente bien. Ella dijo: «Si puedo comprarle a mi hermano unos años más de vida para encontrar al Salvador, entonces valió la pena, incluso si nunca más puedo caminar».

Ahora, aquí está la razón de la historia. ¿Cómo crees que se sintió Sara cuando su hermano nunca pasó por su cama para agradecerle su costoso sacrificio? ¿Y cómo crees que se sintió Sara cuando supo que lo primero que hizo su hermano después de salir del hospital fue ir al bar a celebrar?

La mayor parte del mundo toma ansiosamente las bendiciones de Dios y luego las derrocha egoístamente como el hijo pródigo. Pero, ¿cómo crees que se siente Jesús cuando un profeso cristiano se va de Su presencia después de recibir misericordia y vida, y regresa a la misma cosa que le costó tanto sufrimiento salvarnos? Cuando vemos y entendemos algo de cuánto le han costado nuestros pecados, ya no queremos abrazar al monstruo que desgarró a nuestro Señor.

Jesús no vino y murió en la cruz para comprarnos una licencia para pecar. Él vino a salvarnos del pecado. Ese amor es el poder que nos permite apartarnos del pecado. «¿O menosprecias las riquezas de su bondad, paciencia y longanimidad, ignorando que su bondad te guía al arrepentimiento?» (Romanos 2:4).

Setenta Veces Siete

El hecho de que podamos repetir los mismos errores y caer en el mismo pecado más de una vez no significa que Dios nos haya abandonado. Evidentemente, María Magdalena tenía la misma lucha.

«Y ciertas mujeres que habían sido sanadas de espíritus malos y de enfermedades: María, que se llamaba Magdalena, de la que habían salido siete demonios» (Lucas 8:2). Esto no significa que Jesús

expulsó siete demonios a la vez, sino que siete veces ella recayó en los viejos patrones de pecado y Él la perdonó. «Porque siete veces cae el justo, y vuelve a levantarse» (Proverbios 24:16).

No te desanimes si, como María, te encuentras arrepintiéndote de los mismos errores varias veces. Jesús dijo: «Mirad por vosotros mismos: si tu hermano pecare contra ti, repréndele; y si se arrepintiere, perdónale. Y si siete veces al día pecare contra ti, y siete veces al día volviere a ti, diciendo: Me arrepiento; perdónale» (Lucas 17:3-4).

«Entonces Pedro se le acercó y dijo: Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que pecare contra mí? ¿Hasta siete? Jesús le dijo: No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete» (Mateo 18:21-22). Si Dios nos pide que nos perdonemos unos a otros siete veces en un día o setenta veces siete, ¿hará Él menos por nosotros? Por supuesto, Dios nos perdonará cada vez que nos arrepintamos sinceramente.

Pero existe el peligro de que lleguemos al punto de presumir de Su gracia y, al abusar de Su perdón, endurezcamos nuestros propios corazones. «Porque si pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados» (Hebreos 10:26).

Los primeros versículos de Romanos 6 añaden: «¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?»

Hay esfuerzo involucrado en negarse a uno mismo y vivir la vida cristiana. La Biblia dice que guerreemos, luchemos, corremos, peleemos y nos esforzamos. Pero la pelea es la buena batalla de la fe. Debemos esforzarnos por confiar en el plan y la voluntad de Dios para nosotros, en lugar de la nuestra. Debemos luchar para permanecer cerca de Jesús. María estaba a salvo del pecado cuando estaba con Jesús. «Todo aquel que permanece en él, no peca» (1 Juan 3:6).

LOS CRISTIANOS SIGUEN A CRISTO

La conclusión final es que Jesús vino a este planeta por tres razones principales. Primero, para mostrarnos al Padre (Juan 14:9-10). Segundo, para morir como nuestro sustituto por nuestros pecados (1 Corintios 15:3; 1 Juan 4:10). Tercero, para darnos un ejemplo de cómo ser victoriosos. Observa las maneras en que estamos invitados a reflejar a Jesús:

- «Como me envió el Padre, así también yo os envío» (Juan 20:21).
- «Porque para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas» (1 Pedro 2:21).

- «Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis» (Juan 13:15).
- «Soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro; de la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros» (Colosenses 3:13).
- «Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros» (Juan 13:34).

¡Somos enviados al mundo como Jesús fue enviado, se nos manda andar como Él anduvo, hacer como Él hizo, perdonar como Él perdonó y amar como Él amó! A la luz de estos principios claros, ¿por qué un profeso cristiano resistiría la verdad de que estamos llamados a ser santos (perfectos) como Él es santo?

Muchos podrían afirmar que no soy más que un perfeccionista. Una vez más, ciertamente no pretendo ser perfecto, pero todo cristiano es seguidor de un Salvador perfecto. Jesús nos dejó un ejemplo perfecto. Y tan pronto como digamos que Dios no puede evitar que pequemos, nos aventuramos en terreno mortal. En esencia, estamos diciendo: «Satanás es lo suficientemente poderoso para tentarme a pecar, pero Jesús no es lo suficientemente poderoso para evitar que peque». Sin embargo, mi Biblia me dice: «Mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo» (1 Juan 4:4).

El que intenta justificar su pecado, niega su justificación. El tema central de la misión de Jesús era salvarnos de la pena y el poder del pecado. «El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo» (1 Juan 3:8).

La obra indiscutible del diablo es tentarnos a pecar, y Jesús vino para romper esas cadenas que nos atan y poner en libertad a los cautivos (Isaías 61:1).

OBEDIENCIA CONSTANTE

Si realmente lo piensas, todo el mundo obedece a Dios algunas veces, al menos mientras duerme. Pero el Señor busca un pueblo que le obedezca constantemente. Por eso el Señor le dijo a Moisés: «¡Quién diera que tuviesen tal corazón, que me temiesen y guardasen todos los días todos mis mandamientos, para que a ellos y a sus hijos les fuese bien para siempre!» (Deuteronomio 5:29). Observa que el Señor nos pide que guardemos *todos* Sus mandamientos *siempre*, no para hacernos miserables, sino para nuestra felicidad suprema y la de nuestros hijos.

El rey Darío le dijo a Daniel: «El Dios tuyo, a quien tú continuamente sirves, él te librará» (Daniel 6:16). Ten en cuenta que aquellos que obedecen a Dios constantemente a menudo son los últimos en ser conscientes de ello. (De hecho, debes evitar a cualquiera que presuma de su supuesta perfección).

Además, cuando Daniel tuvo una visión de Dios, dijo: «Mi semblante se demudó y se descompuso» (Daniel 10:8). Esto se debe a que cuanto más nos acercamos a la luz de Dios, más conscientes nos volvemos de nuestras imperfecciones.

Uno de mis escritores cristianos favoritos lo expresó mejor: «Un rayo de la gloria de Dios, un destello de la pureza de Cristo, que penetra en el alma, hace que cada mancha de contaminación sea dolorosamente distinta, y pone al desnudo la deformidad y los defectos del carácter humano... Se aborrece a sí mismo al contemplar el carácter puro e inmaculado de Cristo».

PROMESAS DE PODER PARA OBEDECER

La Biblia está repleta de «preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia» (2 Pedro 1:4).

Aquí hay solo algunas:

- «Considera al perfecto, y mira al justo; porque hay un final dichoso para el hombre de paz» (Salmo 37:37).
- «Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó» (Romanos 8:37).
- «Mas gracias sean dadas a Dios, que nos lleva siempre en triunfo en Cristo Jesús, y por medio de nosotros manifiesta en todo lugar el olor de su conocimiento» (2 Corintios 2:14).
- «Por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios» (Hebreos 7:25).
- «Y a aquel que es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría» (Judas 1:24).
- «Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente» (Tito 2:11-12).

Aquellos que se niegan a creer que podemos vivir vidas victoriosas están acusando a Dios de una grave y cruel injusticia: pedirnos que hagamos lo imposible y luego castigarnos por no hacerlo. Eso sería algo así como un padre que le dice a su pequeño de un metro que toque el techo que está a dos

metros y medio, y mientras el pequeño se estira de puntillas, el padre golpea al niño contra el suelo y grita: «¡Te dije que tocara el techo y me desobedeciste!» Una imagen fea, ciertamente.

Pero supongamos que, en cambio, le pido a mi pequeño que toque el techo y, mientras él se esfuerza y estira para hacer lo imposible, yo me inclino suavemente y lo levanto hasta su meta. Así es como la Biblia describe a Dios. Dentro de cada mandamiento de Dios hay inherente el poder para obedecer.

Por ejemplo, Dios dice: «Santos seréis, porque santo soy yo Jehová vuestro Dios» (Levítico 19:2).

También: «Sino como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir» (1 Pedro 1:15). Observa la palabra «sed». Cuando el Señor creó el mundo, dijo: «Sea la luz; y fue la luz» (Génesis 1:3, énfasis añadido).

Cuando Jesús limpió al leproso, dijo: «Sé limpio». ¡Y quedó limpio! Asimismo, cuando Jesús dijo: «Sed, pues, vosotros perfectos» (Mateo 5:48), el poder habilitante mismo está en la palabra divina «sed». Sé que cuando Dios nos pide que vivamos una vida santa, a veces parece inalcanzable, pero recuerda, cuando Dios nos pide que crucemos un océano sin un barco, Él partirá el mar o nos permitirá caminar sobre el agua.

Jesús dijo: «Separados de mí nada podéis hacer» (Juan 15:5). Y Pablo añadió: «Todo lo puedo en Cristo que me fortalece» (Filipenses 4:13).

AMOR PERFECTO

Entonces, ¿cuál es la esencia de la perfección cristiana? Si observamos el contexto de Mateo 5, Jesús está hablando de amar a nuestros enemigos. Cuando llegamos al versículo 48 y Jesús dice: «Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto», queda claro que está hablando de un amor perfecto. Una prueba adicional de este concepto se ve en Lucas 6:36, donde Jesús lo expresa de manera diferente: «Sed, pues, misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso».

Entonces, ¿qué es la perfección cristiana? Amor perfecto y misericordia perfecta. El amor perfecto se demuestra en una disposición a obedecer. «Si me amáis, guardad mis mandamientos» (Juan 14:15). Por ejemplo, Sadrac, Mesac y Abed-nego amaron a Dios más que a sus propias vidas y estuvieron dispuestos a ir al horno de fuego antes que deshonrarlo. Y Daniel estuvo dispuesto a ir al foso de los leones antes que avergonzarse de su Dios. Aunque este amor es raro, es real y alcanzable para todos los que creen.

FE EN LA VICTORIA

El pecado es más que una ofensa única; el pecado es un estilo de vida. Antes de que Jesús nos salve, somos esclavos del pecado. Después de que Jesús nos salva, todavía podemos resbalar, pero «el pecado no se enseñoreará de vosotros» (Romanos 6:14). Para el cristiano, donde el pecado una vez se sentó entronizado y sin oposición, Jesús ahora se sienta como Señor y Rey en el trono de nuestros corazones.

«No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias» (Romanos 6:12).

Esto no significa que los cristianos genuinos no cometerán errores. Hay demasiados ejemplos en la Biblia de que sí lo hacen. Por eso Juan dijo: «Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo» (1 Juan 2:1). Sin embargo, los errores deben ser la excepción, no la regla.

Este concepto se describe claramente en un famoso libro llamado *El Camino a Cristo*. «El carácter no se revela por las buenas obras ocasionales ni por las malas acciones ocasionales, sino por la tendencia de las palabras y los actos habituales» (57).

Durante la Segunda Guerra Mundial, el General Jonathan Wainwright fue capturado por los japoneses y mantenido prisionero en un campo de concentración en Manchuria. Tratado cruelmente, exteriormente parecía un hombre quebrantado, aplastado, sin esperanza y hambriento. Finalmente, los japoneses se rindieron y la guerra terminó. Un coronel del ejército estadounidense llegó al campo de prisioneros y le anunció al general que Japón había sido derrotado y que él era libre y estaba al mando.

Después de que Wainwright escuchó la noticia, regresó a sus aposentos donde fue confrontado por algunos guardias japoneses que comenzaron a maltratarlo como lo habían hecho en el pasado. Sin embargo, Wainwright, con la noticia de la victoria aún fresca en su mente, declaró con autoridad: «¡Ahora yo estoy al mando aquí! Estas son mis órdenes». A partir de ese momento, el General Wainwright estuvo en control.

El General Wainwright había recibido palabra de un poder superior, y actuó por fe en esa palabra y se hizo realidad. Ya no reconocería la autoridad de sus atormentadores. Cuando aceptamos la verdad de que Jesús reina ahora y tiene «toda autoridad» y está con nosotros siempre, ¡también nosotros podemos ser verdaderamente libres! «Mis ojos pondré en los fieles de la tierra, para que moren conmigo; el que anda en camino de perfección, éste me servirá» (Salmo 101:6).

«Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe» (1 Juan 5:4).